

DIA VEINTE Y OCHO.

EL BOTON DE ORO,

Ó SEA:

LAS VENTAJAS DE LA VIRTUD.

Pietas ad omnia utilis est.
La virtud sirve para todo.
(1.^a TIM. IV, 8.)

Nuevo espectáculo se ofrece esta noche á mis miradas, hermanos míos, Dirijome, segun costumbre, al jardin Mariano; y apenas me acerco á él, lo veo rodeado de un número prodigioso de delicadas florecillas, las cuales matizadas de un amarillo el más encendido, hacen aparecer dorados los muros de aquella admirable mansion. Atónito á la novedad de tal prodigio, voy adelantando más solícito, y al notar las bellezas naturales de aquellas flores, siento crecer el asombro de mi ánimo y la admiracion de mi corazon. Observo que todas ellas elévanse majestuosas sobre sus tallos, con sus hojas maravillosamente hendidas, en medio de un inmenso grupo de doradas florecillas, que las embellecen; formando un disco, ó bien un globo en el exterior, y rodeadas, en su interior, de una corona real, la más bella y preciosa. La vista de tanta belleza despierta en mi corazon el deseo de escuchar su voz; y procurando, ingeniosamente, interrogarlas, ellas me responden con aquel amarillo reluciente y encendido, que las mereció la denominacion de dorados Botones, de flores de oro; y con ello quieren indicarme, qué oro se oculta, en realidad, en aquella deliciosa morada; qué riquezas se hallan encerradas en aquel florido terreno; y qué tesoros se hallan derramados con profusion en aquel ameno jardin. Penetro, en efecto, en el interior del mismo, y entónces advierto, que donde quiera brotan y florecen dorados Botones, así en la llanura como en la colina, lo mismo en el

monte que en el bosque, en los senderos y en las alamedas. Ora dichas flores circuyen un plantel, ó semillero de Violetas; ora embellecen un grupo de candidisimas Azucenas; aquí, adornan al Tulipan y al Ranúnculo; allí, dan esplendor al Jazmin y al Clavel; acá, se enlazan con la Madreselva y el Iris; acullá, se unen con majestad y con delicadeza al oloroso Estramonio, y á la Rosa fulgidísima, revelando en todas partes la abundancia, las riquezas, el oro; mas, no un oro falaz, ni una abundancia que conturbe el ánimo con vanos temores, ni otras riquezas que aquellas que convienen á un sér criado para el Cielo, para la felicidad, para su Dios.

¡Oh mundanos! vosotros, que amais tanto las riquezas de la tierra, el cieno y el polvo! ¡ah! venid conmigo esta noche al jardin de María, á conocer cuales sean las verdaderas riquezas; cuales las que puedan satisfacer los deseos de vuestro corazon; cuáles las que sirvan para haceros eternamente dichosos acá en la tierra y en el cielo. Observad, observad atentamente, aquel dorado Boton, aquella áurea diadema, aquellas doradas florecillas que se enlazan con todas las flores, y que con todas las flores se embellecen; todas ellas os manifiestan abundantes riquezas; pero, esas riquezas consisten en la humildad de las Violetas, en el candor de las Azucenas, en el amor del Clavel; en unas riquezas, que son, en una palabra, las riquezas del alma, las del Cielo, las de la cristiana virtud. Hé ahí, pues, cuales son las verdaderas riquezas, los fecundos tesoros, los bienes duraderos, permanentes, estables y eternos.

¡Oh místico Boton de oro! oh Madre la más rica y opulenta! Tú, que derramaste el oro con tal profusion en la diadema que ciñe tu frente, en los collares que penden de tu cuello, en el cetro que empuña tu diestra, en el trono en que te sientas, en la túnica que envuelve tu cuerpo, y en el manto que cubre tus hombros! ¡ah! habla, pues, esta noche á nuestros miserables corazones, é infunde en ellos el deseo de los bienes y de las riquezas del Cielo.

Mis amados hermanos; ¿pudierais dudar, por ventura, de que las riquezas debemos buscarlas únicamente en la virtud? Pues bien; escuchadme, miéntras tanto que yo, tomando sublimes enseñanzas y preciosos ejemplos para mi asunto en el místico Boton dorado, procuraré demostraros, que solamente las virtudes pueden hacernos felices acá en la tierra y en el Cielo; toda vez que ellas, solamente, así en la tierra, como en el Cielo, son capaces de satisfacer los anhelos de nuestros ávidos corazones. Pidamos ántes la gracia: A. M.

El hombre, hermanos míos, fué criado por Dios, para la felicidad

eterna. No siendo él otra cosa, en su origen, que un vil amasamiento de barro, sintió soplar sobre sí un áura celestial, un soplo divino. Siente eso, y hé ahí que advierte, que ha recibido un corazón, un alma, una aspiración y un deseo, que siendo participantes, por decirlo así, de la omnipotencia misma de Aquel que se los había infundido, sintieron, á su vez, que no se hallaban destinados á otro fin, que á conseguir con sus actos lo perfecto, lo eterno, lo infinito. Cayó el hombre, y bien todos lo sabeis, perdió su justicia original, incurrió en la ira y la indignación de su Dios; mas su corazón, no obstante, su corazón ¡ah! experimentó siempre un vacío dentro de sí mismo, que jamás le fué dado llenar. Su alma hallóse siempre agitada por una ambición, que nunca tuvo ocasión de satisfacer. Él pensó, es cierto, saciar su corazón y satisfacer las aspiraciones de su alma con los bienes de esta tierra miserable, ora con la abundancia del oro, ora con la satisfacción de los placeres, ora con la multiplicidad de los honores, y ora, finalmente, con el caudal del saber; mas, viviendo siempre en la inquietud en medio de la abundancia, no ménos que en medio de la miseria, debió exclamar, en definitiva: que sólo Dios podía saciar sus aspiraciones, que sólo Dios era capaz de satisfacer sus deseos, que sólo Dios era el objeto único de una felicidad verdadera y eterna. Hé ahí, pues, hé ahí, cómo el hombre sintió la necesidad de hacer un estudio que pudiera conducirle á la posesión de su Dios. He dicho, que el hombre debió hacer de ello un estudio, y nada más, hermanos míos; atendido á que, estando esa felicidad reservada para la vida futura, el presente sólo nos es concedido para disponernos á la consecución de la misma.

Decidme ahora, pues, hermanos míos, si existe, ó puede existir medio alguno más á propósito que la virtud cristiana, para disponernos á conseguir nuestra felicidad eterna, y para hacernos, en consecuencia, aún acá en la tierra, bienaventurados, en cierto modo, y dichosos. ¿En qué, pues, decidme, os ruego, en qué, repito, debe consistir, en resumen, nuestra futura bienaventuranza? En el conocimiento y en el amor de Dios; en el amor que hace feliz nuestra voluntad; y en el conocimiento que hace dichosa nuestra inteligencia. Por lo mismo, mis amados hermanos, si adquirimos de día en día mayores grados de virtud, si adelantamos siempre más en la cristiana perfección, ¿no será eso, por ventura, dar al Altísimo más pruebas de nuestro amor, tanto más generosas y perfectas, en cuanto tendremos un conocimiento más claro de nuestro Dios? ¿Acaso no llamareis satisfecha, bienaventurada y dichosísima al alma, que vive en el grato anhelo de amar siempre á su divino Hacedor? ¿Podierais

negar, por ventura, que el vivir en un adelantamiento incesante de perfección y de virtud, no sea gozar anticipadamente de la bienaventuranza eterna? ¡Ah! si de tal suerte discurrierais, probaríais, que no habeis experimentado jamás en vosotros mismos las delicias, la paz y el contento de un corazón virtuoso y cristiano, ¡Oh almas afortunadas, que en el ejercicio de las cristianas virtudes y en las prendas de la religiosa perfección que os adornan, gustais de antemano las delicias de los tabernáculos eternos! ¿cómo no desmentis, pues, con vuestro simple exterior, esos indignos temores? contempladlas á esas almas ¡oh cristianos! su mirada aparece serena durante el día entero, en su rostro brilla la sonrisa á cada instante, y su frente refleja continuamente la tranquilidad de su corazón; así ellas os atestiguan, que una vida virtuosa y cristiana no puede ménos de llenarlas de júbilo y de satisfacción. Y ¿qué cosa pudiera, en efecto, convertirse para ellas en causa de temor ó de inquietud? En medio de la paz que las inunda, poseen una esperanza, y es, la de llegar un día á los tabernáculos de la eterna Sion. Estando seguras de cumplir, por su parte, los divinos preceptos, y seguras, igualmente, de vivir á tenor de la santidad y la perfección, ellas no pueden ménos de prometerse aquel premio destinado por Dios á sus fieles adoradores. ¿Cómo dejarán, pues, de gozarse en su situación? ¿cómo no sintieran por tal motivo el corazón satisfecho y contento?

Y ¿es posible, mis amados hermanos; es posible, repito, que existan hombres en la tierra, que sin curarse de ningún modo de tal felicidad, la busquen en otra cosa que en la virtud, la religiosidad y la perfección? ¡Desdichados! y ¿dónde, pues, podrán ellos encontrarla? ¿Qué cosa puede ofrecerles el mundo, que les satisfaga verdaderamente? Llanto, amarguras, privaciones, remordimientos, delitos, impiedades, y maldades; hé ahí los bienes del mundo; hé ahí los tesoros de la tierra; hé ahí la felicidad de los mundanos. Odios que les despedazan, rencores que les consumen, envidias que les contristan, venganzas que les desolan y una infelicidad que les aterra; tales son las riquezas de esos corazones, la herencia de su impiedad. ¡Ah! hermanos míos; aprendamos de una vez, de nuestra Madre santísima, del místico Boton dorado, la única cosa que en este mundo puede hacernos verdaderamente dichosos! Esa cosa es la virtud, hermanos míos, únicamente la virtud, la abundancia de la virtud.

Contemplad, si no, á esa augusta Señora; mirad la tranquilidad retratada en sus ojos, semejantes á un cielo el más bello y sereno; mirad su rostro tan risueño, que pudierais creerlo un jardín florido; y sus lágrimas puras y encendidas, á la vez, se os figuran una luz la más

pura y esplendorosa! Su corazón no exhala un suspiro siquiera, y su espíritu rebosa todo el día en alegría. Ella duerme con apacible sueño, pasa los días placenteros, y los años discurren para Ella en medio de la abundancia de su propia paz. Empero, ¿de dónde dimana ¡oh cristianos! esa tranquilidad, esa alegría y esa paz de aquella alma dichosísima? De su virtud. Ésta es la que la adorna, ésta la que la sustenta, ésta la que la corona. En medio de las penalidades de una vida, que fué toda ella de llanto y de martirio, sólo en la virtud, le fué dado encontrar el consuelo y la fortaleza. La paciencia es la que la fortalece, cuando los hombres la oprimen con su poder y sus engaños; la modestia es la que la alienta, cuando vive en medio de los escándalos de una nación reprobada; la confianza es la que la sostiene, cuando le falta lo necesario para la conservación de su vida. Y el amor mitiga sus penas, la oración suaviza sus trabajos, y la humildad la hace arrostrar con tranquilidad los ultrajes. Y prendada su alma de las dulzuras que encontraba en todas las cosas, por medio de su perfección, héla ahí estudiando todos los medios para acrecentarla y fomentarla. Y entónces pide nuevas gracias á su Dios; nuevas llamas salen de su corazón; practica nuevos actos de la más sublime virtud. Habiendo conocido la excelencia de la virtud, Ella no vé tesoro más precioso y estimable! Ese es el tesoro que considera como el verdadero patrimonio del alma; como el verdadero adorno de su espíritu. Y virtud respira su semblante, virtud invocan sus labios, virtud clama con todo su corazón. Siente que en la virtud saborea los goces del Paraíso, y por lo mismo, sólo sabe vivir para amarla y seguirla. La busca en sus pensamientos, en sus afectos, en sus deseos, en sus obras y en sus palabras. Si vuelve su mirada, quiere que esa acción obedezca al impulso de la virtud; si inclina su frente, quiere que la virtud la dirija; si levanta sus manos, quiere que las acompañe una expresión de virtud. En suma; dichosa con la sola virtud, sólo á esta busca, prefiere y suspira; y la busca, la prefiere y la suspira de una manera, que reúne en su corazón sus más preciosos tesoros. ¡Oh! feliz ella en verdad, que, semejante á un delicioso jardín enriquecido con toda suerte de flores, realzadas y embellecidas por el dorado Botón, no solamente pudo saborear sobre este suelo con abundancia el fruto de su virtud, sino que aún le fué concedido alcanzarlo abundantísimo en la patria de los Santos, en el Paraíso.

Mis amados hermanos; el Paraíso nos fué prometido por Dios, cual premio, merced y corona. Por lo mismo, si tal valor tiene para nosotros el Paraíso, es menester que sepamos merecerlo. ¿Es él nuestro

premio? Es preciso, pues, trabajar para alcanzarlo, ¿Es él una merced? Conviene, pues, pasar nuestra vida en medio de la lucha. ¿Es él, por último, una corona? Es necesario, por lo tanto, que procuremos triunfar de nuestros enemigos, y conseguir sobre ellos las más completas victorias. Y ¿de qué manera debemos trabajar, hermanos míos, de qué manera debemos combatir, y de qué manera, finalmente, debemos triunfar? Con el ejercicio incesante de la cristiana virtud, procurando adquirir, en el más alto grado, la santidad y la perfección del espíritu. Hé ahí, pues, las armas del cristiano, la espada, la defensa, el escudo, todos los pertrechos para vencer al enemigo; hé ahí el precio para adquirir la gloria, la moneda para entrar en el Cielo. Y ¿cómo, pues, no debiéramos ver en las cristianas virtudes, la única causa que un día nos hará bienaventurados en el Cielo? ¿No es, acaso, el Redentor mismo, quién nos asegura, que la sola observancia de la ley es suficiente para merecer la gloria? ¿No es El, quien nos atestigua, que nuestras obras son la medida de nuestra felicidad eterna? Y ¿qué felicidad, y qué recompensa de nuestros escasos sudores puede ser esa, pues, oh cristianos? Apreciadla, si así os place; y para apreciarla, debidamente, registrad las sagradas Escrituras. Mas ¡ay! que ni aún éstas bastan para el caso. San Pablo os declara, que esos bienes son de una naturaleza tal, que esa felicidad es tan completa, que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el entendimiento humano es capaz de imaginarla remotamente siquiera.

Y esos bienes, y esa felicidad, carísimos hermanos, se hallan precisamente en el Cielo para el alma virtuosa. Esta alma vivirá sumergida en aquella pátria de contentos, en un piélago insondable, en un mar sin límites, en un Océano verdaderamente infinito. Esta alma se hallará rodeada en aquella pátria de contentos de una luz inaccesible; de un sol, que derrama sus rayos desde la interminable eternidad; de un esplendor, en cuya comparación se desvanece la luz que embellece la baja región en que vivimos. Esta alma será revestida en aquella pátria de contentos de una púrpura, que no tiene símil alguno en la tierra; de un manto, cuya belleza supera la de los Cielos mismos; de una diadema, que oscurece el valor de las perlas más preciosas. Y cuanto mayor hubiere sido su virtud sobre la tierra, con tanta mayor abundancia inundarán á esta alma las aguas del deleite, tanto más interna será la luz de que se hallará rodeada, tanto más precioso será el ropaje que cubrirá su glorioso cuerpo. Y esta alma será reina en el reino mismo de Dios, participará de la naturaleza misma de Dios, porque será semejante á Dios; porque habrá sido transformada en su imagen y en su semejanza. Y entónces,

por cada virtud hallará el correspondiente premio: hallará una gloria en relacion con sus humillaciones, un gobierno proporcionado á su perfecta obediencia, una alegría adecuada á las penas sobrellevadas. Y una Corona de Azucenas revelará su candor, una Guirnalda de Rosas publicará las llamas de su amor, y una Diadema de Laurel pregonará sus gloriosos triunfos. Objetos los más gratos, remunerarán la modestia de sus miradas; manjares los más deliciosos, recompensarán las abstinencias de su vida; y unas áuras las más suaves y refrigerantes, sanarán las heridas de sus despedazados miembros. Allí obtendrá el céntuplo de sus liberalidades, el fruto de sus mortificaciones, el premio de su fidelidad; y no un premio pasajero, ni caduco, sinó inmortal y eterno. Y entónces ¡oh! ¡qué consuelo tan grande no experimentará dentro de sí misma por las penalidades de su vida pasada, gozando de aquella virtud que tantos bienes le ha proporcionado en el Cielo!

¿Deseais, acaso, una prueba de ello? Dirigid, pues, vuestra mirada hácia esa imágen santísima. ¡Dios de bondad! y ¿quién pudiera jamás, no diré describir, sinó ni imaginar, simplemente, la riqueza de ese dorado Boton en los Cielos? ¿Quién fuera capaz de calcular jamás, la abundancia de la gloria que Vos derramasteis sobre vuestra Madre santísima, en premio y recompensa de sus numerosas virtudes? Sobre este asunto, hermanos míos, os diré, tan solo, lo poco que el tiempo me permite, en vez de todo aquello que quisiera deciros.

Abrid, pues, los ojos de vuestra fé, y pensad en aquella bienaventurada mansión. Aquel trono, que se halla más inmediato al mismo de Dios, que brilla con un resplandor deslumbrante, que se halla circuido de un Iris de siete colores simples, revestido de una luz candidísima, cubierto de una majestuosa nube, custodiado por una legion infinita de Ángeles, embellecido por una corona de estrellas, sustentado por la luna misma del Cielo, y esmaltado por un número inmenso de Botones dorados; es el trono de María, que le fabricaron aquellas modestas palabras: *Ecce ancilla Domini... quia respexit humilitatem ancillæ suæ*. Aquella que reside en él es la Reina del Empíreo, porque un día venció á todas las criaturas en santidad, en perfeccion, en piedad y fervor de su vida. Y el Padre la llama su Hija; el Hijo, su Madre; y el Paráclito, su Esposa; precisamente, por haberse merecido tales nombres por medio de su inmaculado candor. Y constituida al pié de la cruz, Madre de todos los hombres, desde aquel trono ruega con acento de imperio; desde allí, dispensa á su voluntad las gracias, é intima al enemigo que dé tre-

gua á sus asechanzas. Y ¡oh! ¡cuán bello es su rostro, cuán brillante su mirada, cuán grave y majestuoso su continente! Si recorre los Cielos, la corte celestial entera la sigue, reverentemente; si desciende á la tierra, los Serafines la sustentan con sus alas; si está sentada en su trono, todos los confesores, de rodillas, la saludan; si habla, el silencio reina en el Cielo; si calla, la deleitan los cánticos más melodiosos, las más gratas armonías. Y allí vierais el celo con que los Querubines sostienen su manto, como los Ángeles llevan su cetro, y como Dios mismo coloca en su cabeza la diadema y la corona. ¡Ah! tal es allí el júbilo de su corazón, y tal la alegría de su alma, que su encendido rostro semeja una llama, y desplegando con ímpetu sus alas, se sumerge en el seno de Dios, ébria de amor, en éxtasis de admiración, vencida y subyugada por la alegría y el regocijo.

Mis amados hermanos; tambien nosotros podemos participar de tanta felicidad; tambien nosotros podemos alcanzar tan inaudito contento, con sólo que amemos verdadera y constantemente las cristianas virtudes. Pues bien; no nos extraviemos más corriendo en pos de los bienes de la tierra; atesoremos para nuestra pátria, para el Cielo. Doblado será así nuestro contento, lo mismo en esta vida, que en la otra; lo mismo en lo temporal, que en lo eterno. De nosotros depende ¡oh cristianos! el quererlo eficazmente. La virtud es de suyo difícil; pero la hacen fácil la gracia de Dios y la proteccion de María. Implorémosla, pues, esa proteccion y esa gracia, y seremos felices. El vicio, sólo puede servir para humillarnos; y esa humillacion no puede ménos de hacernos miserables y desgraciados. Y eso harto lo hemos experimentado nosotros mismos con los hechos, lo hemos podido comprobar con nuestra propia experiencia. ¿Cuáles fueron, sinó, las consecuencias de nuestras culpas? La duda, la incertidumbre, el remordimiento, el temor, la desesperacion. La inquietud que reflejaba nuestra mirada, el sonrojo de nuestra frente, y la conturbacion de nuestro ánimo, fueron otros tantos indicios de la agitacion que reinaba en nuestro interior. Empero, en el ejercicio de la virtud, y en la práctica de las obras cristianas, ¿qué paz no inundaba nuestra alma, de qué contento no gozaba entónces nuestra mente? ¿Acaso no sentíamos entónces, que se llenaba nuestro corazón, que se satisfacian nuestros anhelos, que cesaban enteramente los deseos de nuestra alma? ¡Ah! sirvanos, pues, de estímulo para el caso nuestra propia experiencia! Durante este mes hemos considerado las virtudes de María; hoy hemos visto los efectos que produjeron en ella de contento, de riqueza y de felicidad acá en la tierra, y de gloria, de paz y de magnificencia en el Cielo: pues bien; procu-

remos que tal meditacion no sea infructuosa para nosotros. Triunfen, por lo tanto, de nuestra obstinacion, el contento, la riqueza y la felicidad; que debemos reportar de nuestra virtud; venzan nuestra dureza la gloria, la paz y los tesoros, que recibiremos, en premio de nuestra virtud, en el reino de los Cielos. Botones dorados rodearán entónces nuestro corazon, igualmente; doradas florecillas sustentarán nuestra alma, y doradas diademas ceñirán nuestras sienes; y nosotros, ricos con la posesion de la virtud, y viviendo contentos y dichosos en ella, entonaremos himnos á Aquella, que, con el ejemplo de su vida, y con el poder de su brazo, habrá sabido hacernos sus fieles imitadores.

¡Oh tierna Madre! fomentad y estableced en nuestros corazones religiosos designios. Sea la virtud, desde hoy, nuestro manto, nuestra túnica y nuestra corona. Dirija ella nuestras miradas, modere nuestros razonamientos, acompañe todas las acciones de nuestra vida. Ilumine nuestros entendimientos en nuestras dudas, fortalézcanos en nuestros peligros, defiéndanos en las tentaciones. Palpite por ella nuestro corazon, viva por ella nuestra alma, y obre por ella nuestro espíritu. ¡Oh Madre santísima! no nos abandoneis, os lo suplicamos; no nos priveis de vuestro poderoso auxilio. El habernos Vos hablado durante estos dias consagrados á vuestras glorias, nos infunde la segura esperanza de ser protegidos por Vos, á fin de que podamos poner en práctica cuanto Vos nos enseñasteis con vuestro ejemplo. ¡Ah! así lo esperamos, pues harto ciertos estamos de la clemencia de vuestro corazon. Y ¿qué contento no será el nuestro? Viviendo siempre unidos á vuestro amoroso corazon, por medio del ejercicio de la virtud, y estrechados entre vuestros maternales brazos, seremos dichosos en medio de las miserias de este mundo, y bienaventurados en los esplendores de la gloria.

DIA VEINTE Y NUEVE.

EL TULIPAN,

Ó SEA:

LA BELLEZA DE MARÍA.

Quam pulchra es, amica mea, quam pulchra es!

Que hermosa eres, amiga mia, que hermosa eres!

(CANT. IV, 1.)

Habiendo visto ya, y considerado atentamente, hermanos míos, las bellezas del jardín Mariano, de aquel jardín, al cual nuestra santísima Madre misma nos ha conducido amorosamente por la mano, á fin de que procurásemos coger, acá y acullá, algunos vástagos y plantarlos en el árido terreno de nuestro miserable corazon; hénos, finalmente, en lo más interior de ese misterioso sitio; hénos en aquel terreno reservado, en el cual con brillantes caractéres de oro, de rubíes y de perlas está escrito: *¡Oh mortales! detenéd, atónitos, vuestro paso; inclinad, reverentes, vuestra frente; postraos en adoracion con vuestro cuerpo: santo es este lugar: sus flores no pueden tocarse; admirad y enmudeced.* En efecto; dicho lugar hállase maravillosamente cubierto de una luz, que nada tiene de terrenal; y sus rayos, convergiendo con los de aquel Sol más brillante que allí resplandece en su mediodía, forman un resplandor el más maravilloso y sublime. Doblando, pues, nuestra frente, con humilde compostura, y nuestro cuerpo postrado, despues de haber ofrecido el homenaje de la más sagrada adoracion, y hecho un firme propósito, toda vez que no sea lícito tocar nada, sinó permitido entrar solamente; penetremos con confianza en la misteriosa morada, fijando nuestra mirada en los deliciosos arcanos que se hallan encerrados en ella con tal profusion. ¡Dios mio! ¿qué de prodigios de grandeza, de majestad, y de decoro no admiraremos?